

EL SELLO DE SALOMON



STEVEN SAVILE
STEVE LOCKLEY

Tras el descubrimiento del tanto tiempo buscado Sello de Salomón, Konstantin Khavan y Orla Nyren se ven envueltos en una lucha mortal en Jerusalén y Palestina, con enemigos en todos los bandos. No saben en quien pueden confiar. No saben cuál será su siguiente camino. Lo único que saben es que tienen que encontrar el Sello mientras evitan la explosión de una bomba sucia en uno de los lugares más sagrados de Jerusalén.

Lo que no esta mal, pero Orla ya ha estado aquí antes, durante los peores días de su vida cuando era una prisionera en Jenin, un campamento de refugiados junto a la frontera. Fue brutalmente violentada por un sádico al que recuerda como la Bestia, un hombre al que creía haber matado durante su fuga.

Pero no está muerto.

Es el hombre que tiene el Sello.

Y Orla tendrá que enfrentarse a la Bestia sola.

EL SELLO DE SALOMÓN

Palestina: algunos años atrás.

Kasim depositó el anillo, magullado y retorcido, sobre la mesa.

El negociante lo cogió y lo observó al trasluz.

Estaba seguro de que era oro, y ciertamente era antiguo. No era la primera vez que había sido capaz de encontrar trabajo en alguna excavación en el borde del desierto y se las había arreglado para llevarse al bolsillo alguno de los hallazgos. A veces conseguía venderlos, a veces no. No le pagaban lo suficiente como para preocuparse de la legalidad de lo que hacía. Aún así tampoco era ningún tonto, y sabía que el negociante no le iba a dar nada parecido al precio justo por el anillo, pero el dinero era dinero y este llegaba sin preguntas que contestar.

El negociante giró el anillo entre sus dedos una y otra vez, pesándolo, analizándolo. Era obvio que había estado mucho tiempo bajo el suelo, pero ¿cuánto era mucho tiempo?, ¿más de quinientos años?, ¿más de mil?, ¿dos mil? Teniendo en cuenta todo el tiempo que había pasado ahí abajo estaba en bastante buen estado y aunque estaba torcido y abollado, seguía siendo un anillo. Y en la mente de Kasim un anillo hecho de oro y tan antiguo era algo excepcional, y excepcional quería decir dólares.

«¿Qué me vas a dar?, ¿su precio en dólares?». Preguntó Kasim mientras el negociante ponderaba su oferta. El ne-

gociante alzó una ceja. Con esa pregunta había aprendido más acerca de Kasim de lo que el desaliñado obrerete nunca hubiera sospechado: los desesperados normalmente piden ser pagados en la moneda local, pasta fresca que puedan llevarse a los bares y a las casas de apuestas y fundirla rápidamente. Una gratificación instantánea. Cualquiera que pidiese dólares tenía un plan que no implicaba quedarse mucho tiempo. Los tíos de los dólares estaban reservando el dinero para algo especial.

El negociante hizo un gesto. Era parte de su actuación. Estaba negociando. Frunció los labios y sacudió un poco la cabeza. «Cincuenta», dijo.

Kasim se estiró para replicar. «¿Cincuenta? Me estás insultando, y estás insultando a mi madre y al camello que la parió», dijo Kasim, «quinientos».

«¿Quinientos?».

«Es antiguo. Mucho. Antiguo significa valioso y lo sabes. Y tiene la estrella de David. Hay un montón de Judíos ricos que te pagarían el rescate de un rey por un artefacto como este. Quinientos».

La expresión de la cara del negociante convenció a Kasim de que tenía razón.

«Entonces, ¿quizás le gustaría encontrar a un Judío rico usted mismo?». Ni pestañeó.

Kasim sintió como se le aceleraba el pulso. Tenía que mantenerse firme. Aferrarse a la cifra que había pedido hasta que el hombre aumentase su primer envite. No podía ser el primero en ceder. «Quinientos», repitió por tercera vez.

«Dígame, ¿se sacó usted esa cifra del culo? Es una bonita cifra, no lo dudo, pero debería usted tener muchas cosas en cuenta. Debería tener en cuenta el riesgo tan grande que tendré que correr para sacar esta pequeña baratija del país. Yo no puedo venderla aquí precisamente, ¿a que no? Por lo tanto habrá que cubrir ese gasto. Sea razonable. Yo soy un hombre razonable. Cincuenta es un buen precio».

«Cincuenta es un robo. Quinientos es un buen precio».

«De ninguna manera. Es demasiado. No está siendo razonable, Kasim».

Kasim guardó silencio.

Sabía que podría salir de allí y venderlo por más de cincuenta dólares sin necesidad de caminar más de cien metros. Ambos lo sabían. Esperó. Estaba en una buena posición. Este no era el único negociante de la ciudad.

El hombre dio la vuelta al anillo sobre la punta de su dedo, y extrajo de su bolsillo un ocular de joyero para hacer la pantomima de simular examinarlo de nuevo. Kasim sabía que no iba a ver nada que no hubiese ya visto, pero le daría la oportunidad de hacer una oferta mejor sin perder la dignidad. En cuánto incrementase ahora su oferta determinaría el precio final.

«Doscientos. Ni un centavo más. No me queda margen. Es un buen precio. Muy bueno. Doscientos dólares americanos. Es mi última oferta».

No lo era, por supuesto, esto no funcionaba así. El hecho de que hubiese aumentado su oferta tan abruptamente hizo que Kasim confiase en conseguir al menos trescientos por la pieza, y eso superaba en cincuenta dólares sus más osadas esperanzas.

«Cuatrocientos», dijo Kasim, tranquilo pero firme.

Esperaba que el negociante replicase, pero no lo hizo.

Él asintió con la cabeza. «Cuatrocientos, hay trato. Disculpe, tengo que ir a por el dinero». Depositó el vetusto objeto sobre la mesa de cuero gastado y giró su silla poniéndose frente a la anticuada caja de seguridad con cabrestante situada detrás de él. Kasim no podía creerse lo fácil que había sido, lo que quería decir que el anillo tenía que valer mucho más de lo que él había pedido. ¿Cuánto más?, ¿diez veces?, ¿veinte?

«Mil» espetó.

«¿Qué?».

«He cambiado de opinión. Quiero mil dólares por la pieza».

«Ya habíamos acordado un precio» objetó el negociante, girando de nuevo su silla. Se estaba impacientando visiblemente. A Kasim no le importaba. Se podía hacer más dinero aquí.

«Ambos sabemos que vale eso como mínimo».

«No, no lo sabemos, Kasim. Y está muy feo ser avaricioso. Cuatrocientos. Sea honorable. Ambos sabemos que usted hubiera aceptado doscientos cincuenta, no trate de disimular. Sea feliz».

El negociante devolvió su atención a la caja fuerte, y giró el cabrestante. Sacó un pequeño fajo de billetes de la caja y cerró la puerta y el cerrojo de nuevo. Kasim no pudo ni echar un vistazo a lo que había dentro, pero en su imaginación vio montones de fajos de billetes y montones de artilugios valiosísimos como el que le estaban robando. El negociante era un hombre rico. ¿Qué eran mil dólares para un hombre rico?

Mil dólares era más dinero del que él nunca había tenido. Representaba el cambio para conseguir una vida mejor para su familia. El anillo era su salvación. ¿Quién iba a pensar que ese pedacito de metal hundido en el suelo tendría el poder de cambiar su vida?

El negociante le miró de nuevo y con una mano contó ocho billetes de cincuenta dólares sobre el escritorio que estaba entre los dos.

«¿Esto qué es?».

«Cuatrocientos dólares. Es lo que habíamos acordado».

«He dicho mil».

«Me da igual lo que haya dicho después de acabar nuestro regateo, Kasim. Eso no es más que ruido. Tome el dinero y márchese».

La mano de Kasim serpenteó para agarrar el objeto, pero el negociante lo cubrió con la suya. «Le he dicho que coja el dinero».

«Creo que no», dijo Kasim, pensativo. «Se lo llevaré a otra persona. Alguien que sepa apreciar lo que es y me pa-

que lo que merezco».

«Es lo que me temía que iba a decir».

El silenciador amortiguó el sonido de las dos balas que disparó sobre el pecho del obrero Árabe. Solo cuando la segunda bala le hubo alcanzado, Kasim se dio cuenta de que el negociante le había disparado desde detrás de la mesa.

Fue su último pensamiento.

UNO

Las pantallas mostraban una y otra vez la misma imagen: un símbolo que resultaba familiar a todos los que estaban sentados en la mesa en Nonesuch.

Dos triángulos entrelazados.

«La estrella de David», dijo *Sir Charles Wyndham*. No era exactamente necesario. Todo el mundo en la mesa sabía exactamente lo que era. «El símbolo de la fe judía durante miles de años. ¿Míster Lethe?». Jude presionó una tecla del potente ordenador de pantalla táctil situado sobre la mesa que tenía frente a él y las imágenes mutaron en una versión diferente de los triángulos. Esta vez estaban uno sobre otro en vez de entrelazados. «La imagen ha cambiado muy poco desde que fue diseñada por primera vez».

Roman Frot estaba sentado en silencio observando el informe. Estaba impecablemente trajeado con uno de sus habituales modelos fuera de catálogo, sin corbata. Parecía haber llegado al palacete en el campo después de pasar la noche en algún club exclusivo. Jude Lethe, por contra, vestía una camiseta gastada de *Earthworm Jim*, y sus ojos rojos e hinchados delataban claramente que acababa de levantarse. Konstantin llevaba una camiseta blanca de cuello en uve, sin logos, ni etiquetas que lo identificasen y unos vaqueros azules. Orla vestía pantalones cortados y un jersey amplio de lana, y Noah bien podría llevar una bolsa de basura de plástico encima por el modo en que llevaba colgando la camisa, arrugada y retorcida y oliendo como si hubiera dormido con ella puesta.

La imagen cambiaba una y otra vez sin llegar nunca a cambiar del todo.

Unas luces suaves iluminaban el techo del bibliódromo (así es como llamaban a la sala de reuniones). Estaban realmente bajas.

Alrededor de la mesa había varias estatuas de mármol sobre sus pedestales, y cada una era la personificación misma de la guerra. Allí estaba Babd, el cuervo celta y sus hermanas, Marcha y Morrigan, los espíritus del campo de batalla; Bast, la leona egipcia, alta y orgullosa, fiera y desafiante, mientras el griego Ares y el romano Marte vestían ambos su disfraz de cazadores; un Odin de un solo ojo con los cuervos Hugin y Munin en sus hombros aunaba sabiduría y furia, ira y belleza; el dios pagano Nord era la dicotomía misma de la guerra; y por supuesto, entre todos ellos, Kali, la diosa hindú de la muerte. Las estatuas daban a la habitación cierto aire de ocultismo que el anciano gustaba adoptar. Aún no siendo la principal directriz del equipo, mucho de lo que hacían se centraba en este tipo de artilugios.

«¿Nos ha arrastrado aquí a las cinco de la mañana para una lección de historia?» preguntó Konstantin. Era una pregunta razonable. Konstantin Khavin era un hombre razonable. Todo lo que pedía era una respuesta igual de razonable. Conocía el amor de *Sir Charles* por el teatro y la manipulación, pero a las cinco de la mañana maldita la gracia que le hacía.

«Quería que disfrutasen del coro del amanecer» dijo *Sir Charles* irónicamente, «Veamos, este símbolo aparece no solo en la tradición Judía sino también en las mitologías Cristiana e Islámica».

«Pues claro, ¿cómo no? Son todas religiones abrahámicas, todas tienen la misma raíz». Intervino de nuevo Konstantin.

Orla Nyrén era incapaz de recordar la última vez que el taciturno ruso hubiera hablado ni siquiera la mitad. Escu-

char y actuar, era lo que él siempre hacía. Nunca debatía. No le gustaban las bromas. Para eso ya estaba Noah.

«Claro que lo son, pero no era al Rey David, sino a su hijo al que más se vincula con este símbolo».

El equipo esperaba oír la conclusión. No eran el tipo de gente que jugase a ser el enchufado del profe. Nadie iba a responder la pregunta aún no formulada. El anciano soltó un gruñido. Igual que una imagen, el gruñido valía más que mil palabras.

«El Rey Salomón» dijo al fin. «Confío en que todos habrán oído hablar de él. ¿Y qué hay del Sello del Rey Salomón? *Mr Lethe*, si es tan amable de hacerme los honores». Jude puso de nuevo en marcha la proyección, esta vez mostrando la representación artística de un anillo de oro con el emblema. «Según la leyenda el anillo de Salomón llevaba escrito el nombre de Dios en una banda dorada y se usó para capturar y maniar como mínimo a un demonio».

Noah sonrió disimuladamente, pero no había ni rastro de humor en el rostro del anciano. «Puede usted reírse, *Mr Larkin*, pero yo habría pensado que precisamente usted estaría abierto a la idea de que no es la noción de que algo tenga poderes mágicos, sino más bien el hecho de que la gente crea que los tiene lo que es relevante».

«Exacto, mentes supersticiosas y primitivas. Pero nadie va a creer en la magia por encima de la ciencia hoy en día. Hemos salido ya de la Era de la Oscuridad. Hemos sido iluminados». A veces costaba recordar que Konstantin venía de la Europa del Este, hacía tanto tiempo ya que no pisaba suelo comunista, pero aún así de vez en cuando sus raíces afloraban a la superficie. Había sido educado en un mundo que había suprimido la religión, y al convertirla en algo clandestino el ruso era totalmente opuesto a caer fascinado ante sistemas de creencias alternativas. Y por supuesto había ya en el mundo suficientes fanáticos religiosos dispues-

tos a matar por una cruz, una hoz o una estrella y resultaba muy útil conocer sus motivaciones.

«Eso es lo que usted dice», dijo el anciano, «sin embargo en un censo hecho en el Reino Unido en el 2001 casi cuatrocientos mil de nuestros ilustrados ciudadanos declararon pertenecer a la creencia Jedi».

«Pero eso era una broma, ¿no?» dijo Orla, mirando a Jude Lethe, como si de alguna manera sospechase que él estaba detrás de todo esto. Era el tipo de broma que a él le parecería infinitamente divertida, si bien él no era de los que se cuelan en los ordenadores del censo y modifican los números solo para divertirse.

«Por supuesto que lo era», dijo Lethe, sacudiendo la cabeza.

«Broma o no, era más del triple del número que la Iglesia de la Cienciología declaró unos años más tarde». Apuntó Sir Charles. «Así que ilustración, superstición, humor, todo es relativo. *Mr Lethe*, ¿sería tan amable?».

Jude cambió de nuevo de imagen, esta vez era un genio atrapado en una botella.

«En las Mil y una Noches Scheherazade narra el cuento de un genio atrapado dentro de una botella que está sellada con este símbolo,» comentó Lethe. «Lo cuál demuestra cómo los mitos y las leyendas son usados una y otra vez a lo largo del tiempo».

«Fascinante, estoy seguro». Dijo Noah, «¿pero no podríamos avanzar como una hora hasta el momento en el que entramos aquí?».

A Sir Charles no se le pasaba una. «Todo a su tiempo. Parece ser que un anillo ha salido a la superficie y cierta gente cree que bien podría ser el Sello de Salomón. Y al margen de sus supuestos poderes mágicos sería sin duda uno de los ejemplos más antiguos de el símbolo que haya llegado a nuestros días, lo cual significa que mucha gente con mucho dinero estaría deseando ponerle las manos encima. Gente a ambos lados del muro».

Orla sabía demasiado bien de qué estaba hablando cuando se refería al muro: árabes e israelíes, judíos y musulmanes. Todos querían tenerlo, pero más importante aún, todos querían evitar que sus enemigos lo tuvieran. Los fanáticos de ambos bandos preferirían ver destruido el objeto a que cayese en las manos de los otros.

«¿Sabemos dónde se encuentra ahora mismo?» preguntó Orla.

«Palestina, si nuestra última información sigue vigente. Por supuesto, hay grandes posibilidades de que se lo hayan llevado a Israel».

Orla no dijo nada. Israel era el tema que ella dominaba. Era donde se sentía más cómoda, y donde resultaba más valiosa.

«Internet está que arde con rumores sobre esto» explicó Jude Lethe. «Parece ser que podría haber sido robado de una excavación arqueológica por un trabajador local. El hallazgo fue catalogado como ANILLO: ORIGEN DESCONOCIDO. Me las he arreglado para localizar la fotografía del catálogo que muestra el estado en que se encontró y que como pueden ver, es prácticamente irreconocible; y otra más después de que le pasasen un poco el polvo». Lethe mostró las siguientes imágenes.

En la imagen izquierda se mostraba lo que parecía ser una piedra de arena con un diminuto brillo metálico asomando por un borde, mientras que en la derecha la piedra, la arena y el polvo habían sido cuidadosamente apartados para descubrir una pieza de metal retorcido.

A primera vista parecía oro, pero Orla no podía estar segura. Miró a la imagen inclinando ligeramente la cabeza a un lado como si eso le permitiese ver mejor el símbolo. No era necesario tanto esfuerzo. Lethe cambió de nuevo la imagen, mostrando esta vez un primer plano del símbolo.

«Desapareció antes de que pudieran enviarlo a los laboratorios de la universidad para un análisis más exhaustivo».

«Así que todo esto no son más que especulaciones,» observó Noah.

«No solo. Pero por más que los supuestos poderes sobrenaturales del anillo no tengan ninguna importancia, cuando te paras a pensarlo se trata de si la gente se cree o no que este sea el Sello de Salomón. Si lo creen, entonces para ellos, esto es exactamente lo que es».

«Y eso hace que valga la pena matar por ello», dijo Konstantin, inexpresivamente.

«Exacto». Asintió *Sir Charles*.

«Y no es que la gente necesite precisamente más excusas para hacerlo». El Irlandés, Ronan Frost habló por vez primera. Frost, por lo que parecía, había adoptado el arquetipo de hombre silencioso que Konstantin había dejado atrás.

«Si los judíos y los árabes llegasen a creer que esta cosa es auténtica... mejor ni pensarlo,» dijo Orla. Demasiadas guerras se habían declarado teniendo como excusa la religión; siempre una excusa, rara vez la verdadera razón. Incluso muchas de las guerras que habían tenido lugar en el oriente medio eran por la tierra si lo piensas bien. Tierra o petróleo.

«¿Y dice que esto salió de una excavación arqueológica?». Noah se inclinó hacia adelante en su asiento. Algo había despertado su interés.

«Es correcto,» dijo saltando entre varias imágenes que mostraban una excavación a larga escala, y tras esto un mapa indicando su posición relativa. «Es una operación alemana».

«¿Libia?, ¿pero el anillo no estaba enterrado en Palestina?» dijo Noah.

Por lo que Orla sabía ninguno de ellos era especialista en asuntos libios.

«La caída del régimen de Mu'ámmar al-Qaafi ha comportado que los arqueólogos han empezado a tener acceso a lugares que no habían sido examinados en mucho tiempo».

po. Se han descubierto tesoros, y por supuesto han ido desapareciendo cada semana. Aunque los lugareños están encantados de trabajar por una miseria parecen haber asumido demasiado rápido la noción de que el que la encuentra se la queda».

«Así que los alemanes han sido los primeros en colocar sus lonas sobre las ruinas» dijo Noah.

«Así es, al menos metafóricamente».

«¿Pero por qué Libia?». Orla tenía sus sospechas, pero tal vez la respuesta no fuera tan obvia como pensaba.

«La excavación principal es de un antiguo asentamiento romano, pero la zona fue también ocupada por los moros. No tenemos una idea clara de cómo pudo llegar allí el Sello, pero hay evidencias más que suficientes de que se está moviendo material por todo el norte de África entre ambas civilizaciones».

«¿Y como pudo viajar desde Libia hasta Palestina?» preguntó Orla. De alguna manera resultaba adecuada la idea de que un objeto volviese a su hogar, como una simetría que de alguna manera encajaba. No alcanzaba a ver por qué habían pedido al Equipo que se mezclase en todo esto. A menos que el anciano supiese algo que no les estaba contando.

«Susurros. Rumores. Nada concreto».

«Entonces nosotros deberíamos hacernos con algo concreto» dijo Konstantin, siempre pragmático. Había algo metódico en el modo en que su mente trabajaba. Todo encajaba dentro de un orden, una estructura, que resultaba lógica. No se dejaba nada al azar. Era el método ruso. Konstantin rara vez daba muestras de impaciencia y sin embargo ahora estaba royendo este hueso.

Orla observó al enorme ruso. Tenía la impresión de que él se moría de ganas por hacer algo.

Miró al anciano.

Su rostro era, como siempre, ilegible.

Pero eso solo sirvió para reafirmar su sospecha de que esta era una operación de las de «mejor tener algo que hacer, que estar mano sobre mano» para tenerles entretenidos. Aún así, sería bueno saltar de nuevo a la cancha; las cosas habían estado muy tranquilas durante meses. Por lo que a ella se refería había una cosa peor que afrontar la muerte a diario y no era otra que el aburrimiento.

Y el aburrimiento acarreaba otros problemas, cualquiera de los cuales resultaría letal en el campo de juego si dejabas de lado la disciplina.

«Okay,» dijo Ronan Frost, inclinándose por fin hacia adelante. Había escuchado todo lo que necesitaba escuchar, o quizá había sido informado antes de que hubiese llegado el resto. No hubiera sido la primera vez. Frosty era la mano derecha de *Sir Charles*. «Volvamos al comienzo. Olviden los rumores. Los rumores pueden fácilmente no ser más que falsas pistas dejadas por alguien que no estuviera interesado en que encontremos el Sello. Sabemos donde fue encontrado el anillo. ¿Sabemos algo sobre el hombre que lo encontró?».

Sir Charles asintió. «Aunque no podamos descartar por completo a los arqueólogos y a los estudiantes que trabajan en la excavación, es razonable asumir que ellos tienen más que ganar si el hallazgo se hiciese público que si desapareciese en manos de algún coleccionista particular. Lo que nos deja a los trabajadores locales. Estos van y vienen. Algunos están allí unos cuantos días seguidos y luego desaparecen durante dos o tres más antes de aparecer de nuevo. Nuestro hombre sobre el terreno ha hecho ya algunas averiguaciones, y parece ser que hay un hombre que estaba con el grupo casi desde el comienzo. Esto no es raro, pero lo que le hace interesante es que hace un par de semanas que nadie le ha visto. Es razonable asumir que su desaparición coincide en el tiempo con el robo del anillo».

Eso era todo; era el único dato sólido sobre el que apoyar todo lo demás. La gente no desaparecía tan fácilmente